

VARIEDADES⁽¹⁾

DON QUIJOTE, FRAILE AGUSTINO

Quiero decir, fray Alonso Quijada, hidalgo natural de Esquivias, sobrino del bisabuelo de la mujer de Cervantes.

Estoy viendo la cara de asombro de mi buen amigo y gran escritor el padre Félix García. Pues no le quepa la menor duda: un fraile de su Orden, un hidalgo que acabó profesando en el monasterio de San Agustín, de Toledo, fué el modelo de Don Quijote de la Mancha. Y no se trata de una conjetura, sino de una rigurosa investigación documental.

Bien quisiera disponer aquí de espacio suficiente para incluirla ; pero en la imposibilidad absoluta, fuerza será remitir a los lectores al volumen IV de mi «Vida ejemplar de Cervantes». Con todo, resumiré en breves párrafos el resultado de aquella investigación.

Que un Alonso Quijada, morador de Esquivias en el primer tercio del siglo XVI, debía de ser el modelo de Don Quijote, fué ya presunción lógica del señor Rodríguez Marín, desarrollada magistralmente en una doctísima conferencia, que terminó diciéndolo: «Hasta aquí he llegado en mis investigaciones y conjeturas

(1) Artículo editado por «A B C» el día 23 de abril, y firmado por nuestro fraternal y querido amigo don Luis Astrana Marín.

acerca del modelo vivo más probable de Don Quijote, haciéndolas adelantar algunos pasos del paraje en que se hallaban, prosíguelas en buen hora otros más diligentes o más afortunados que yo, y lleven a feliz término esta difícil aventura histórico-lírica.»

Comencé por descartar dos hipótesis sin fundamento: que el germen de la creación de Don Quijote fuera la locura de un sujeto real como creyó Menéndez Pelayo, y que el modelo no pasara de un vulgar vecino de Esquivias. Porque la exageración caballeresca tenía que ir aliada a un espíritu cultivado, a una exaltación de las facultades mentales sin llegar a la locura, aunque sin excluir la manía; a un temperamento místico o religioso.

Rodríguez Marín sólo alcanzó a saber de Alonso Quijada que era hijo segundo (en realidad fué tercero) del bachiller Juan Quijada y de María Salazar, pues así constaba en el testamento de su padre, otorgado en Esquivias el 12 de abril de 1505. De aquí no se deducía nada, o únicamente que Alonso era aún en tal año un hombre particular. Pero los dos testamentos de la madre, descubiertos por mí, el último fechado en Esquivias el 13 de octubre de 1537, hablan ya de él como fraile profeso de la Orden de San Agustín. Anticipemos, a la vista de todo el archivo parroquial de Esquivias desde 1519 (los testamentos son del Histórico Nacional), que no existe ningún otro Alonso Quijada en la época de auge de los libros de caballería, y que a la vez, en los mismos folios parroquiales, aparece el cura Peró Pérez, Mari Gutiérrez, la mujer de Sancho; los moriscos Ricótes, y los Carrascos, Quiñones, Cárdenas, Alamos, Carriazos, Avedaños, Alonsos y Lorenzos, apellidos que figuran en la novela inmortal o en las «Ejemplares».

Compréndese que Cervantes, vecino de Esquivias, tuvo que alcanzar noticia de Alonso Quijada, o, por la familia de su mujer, con él emparentada, aunque lejanamente, o por los mismos Quijadas y Salazares. De no haber querido referirse a su persona al idear la figura de Don Quijote, no le hubiera llamado Quijada, para que no se creyera existir alusión a aquel apellido tan principal en Esquivias. Y que allí se estaría en el secreto, o quier en la burla, con mucha, poca o ninguna complacencia, se infiere

de la rectificación que hace llamándole en la segunda parte Alonso Quijano el Bueno.

Sobre las particularidades que de él pudo indagar, nada se sabe. Melchor Cano escribe en «De Locis Theologicis» haber conocido a un sacerdote (cuyo nombre calla) que «llegó a creer que Amadís y Clarián obraron realmente aquellas cosas que se cuentan en sus libros mentirosos». Si fué fray Alonso Quijada, y si en su afición por ellos tuvo discusión con vecinos de Esquivias de que quedara memoria, o si cometió alguna excentricidad, ignórase. No me inclino a lo último, aunque alucinaciones sufrieron los santos. A Cervantes le bastaba, para crear el héroe, conocido el exagerado gusto del modelo por los libros de caballerías hasta el extremo de creerlos ciertos, infundirle la manía de arrojarlo a que los imitara. Y esta exaltación, medio mística, medio caballescaca, en nadie podía prender mejor que en una persona de buenas dotes con propensión al claustro, cuya vida al fin abraza. Pero no pensemos que Cervantes, hallado el tipo, había de trasladarlo, mecánicamente al papel, sino, como todos los grandes artistas, modelarlo y vestirlo en su entendimiento con el arte insuperable de «raro inventor» que le otorgara Apolo. Así, él extrajo a Don Quijote de su imaginación y de su romántica vida, encendida la chispa creadora por lo que supo de la desmesurada afición de aquel hidalgo a los libros caballescacos, con las modificaciones, llevadas hasta la exaltación, que le sugirió, para componer una sátira contra ellos, su genio poderoso. No pensemos tampoco en que fray Alonso Quijada sufriera locura alguna, si entendemos la palabra locura en su acepción estricta. Porque no hubo loco en el mundo en que Cervantes pudiese ver, aliada con la locura, la suma discreción y buen sentido de Don Quijote. ¿Cómo pudo entonces verificarse el milagro? ¿Por observación del modelo vivo? No, pues sólo existía de él la referencia, sino por intuición psiquiátrica. Un modelo vivo nunca hubiera dado para tanto. Pues por facetas aprovechables que para una novela ofreciese la referencia a un hidalgo que se pasaba el día y la noche leyendo libros de caballerías, entre los cuales podía admirar el amor a Dios, a la mujer y al prójimo y las virtudes cívicas.

del «Amadís de Gaula», ¿qué significaba todo ello ante el esfuerzo colosal que requería la pintura completa de una monomanía tan perfectamente llevada a cabo, objeto de la admiración absorta y reverente de los más insignes psiquiatras? Nada, sin la intuición genial, aunque a ella y a las referencias esquivianas del indudable modelo no dejaran de añadirse sus lecturas y sus observaciones personales.

El indudable modelo, digo. Y ahí va la demostración de que no fué otro que Alonso Quijada. Lo revela el propio Cervantes en el capítulo XLIX de la primera parte de «El Ingenioso Hidalgo», donde, hablando Don Quijote, en su memorable plática con el canónigo, de las empresas en que el lusitano Juan de Merlo salió «vencedor y lleno de honrosa fama», agrega: «y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia desciendo yo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del conde de San' Polo». Esta hazaña, efectivamente, se cuenta en la «Crónica del Rey don Juan el Segundo de Castilla», y es rigurosamente histórica. Pues bien, no mintió Don Quijote. Fray Alonso Quijada descendía, por línea recta de varón, de la estirpe de Gutierre Quijada, que asistió al «Paso Honroso» de Suero de Quiñones, y luego mató al propio Suero de Quiñones. Los documentos, seguidos de sus árboles genealógicos, en que esto se apoya, imposibles de extractar aquí, pueden verse en mi libro.

Y hay otra prueba concluyente, a la vista de todo el mundo, por nadie señalada hasta ahora. La casa solariega del mayorazgo de los Quijada existe aún en Esquivias, con sus escudos de armas, salvados milagrosamente de la rapiña que han sufrido otros del lugar «de los ilustres linajes» por parte de extranjeros. En dicha casa, sobre la puerta principal, en un gran bloque de piedra (dintel de una sola pieza), aparece relevado el escudo de armas de Gutierre Quijada, y al pie del escudo, derribada y ceñida de una corona condal, la cabeza del hijo del conde de Saint-Pol. Así lo fué, y así quisieron perpetuar los Quijadas la célebre hazaña de su antepasado ante la Corte del duque de Borgoña, refe-

rida por Don Quijote en el indicado capítulo de la novela inmortal, pasaje que ellos, naturalmente, no pudieron desconocer.

Quizá no falte quien diga: ¿Pero es posible que Don Quijote represente a un hidalgo que acabó en fraile? Mejor, por esa inclinación, precisamente. Nada tiene de extraño que aquel hijo del bachiller Quijada, entregado al estudio, cuyo destino solía ser el de los segundones, en el ambiente solitario y muerto de Esquivias, entre tantos hidalgos y guerreros, que constituían la mitad del vecindario, oyendo a cada instante relaciones de proezas ejecutadas en tiempos de los Reyes Católicos o del Emperador, o recuerdos de una contenda épica siete veces secular, se diera a la lectura de libros de caballerías y concluyese por creerlos reales, como el sacerdote aludido por Melchor Cano. La fiebre de aventuras estaba muy dentro de la época. Era un mundo de capitanes y místicos que se explayaba a luchar en todas partes por la causa de Dios. Caballeros andantes a lo divino son los misioneros y los fundadores y lo habían sido, a lo humano, los justadores y los guerreros, etc., etc.